

sin reputación? ¿Hay nada más absurdo? Hoy para imponerse, es preciso comenzar por formarse una reputación; el talento viene después, y lo demás...

—¡Tengo esperanzas!

—¡Sí! ¡Esperanzas! Mas para las esperanzas, bien lo ves, el medio único de acomodarlas al público es darle la salsa especial que éste apetece.

—Eres un verdadero escéptico. ¡Cuando te digo que acabo de descubrir el buen camino, el camino triunfal que me conducirá, sino á la gloria, al menos á la fortuna...

Aristides Lavignette, se echó el sombrero mucho más atrás, tomó el brazo de su amigo y en un tono confidencial le dijo:

—¿Conoces á Lambert Trim?

—¡Lambert Trim! ¡el ventrilocuo!

—¡El mismo! ¡Ah! ¡Graciosa sonrisa! Lambert Trim no es un novicio; tiene el genio de los tablados. Y créeme; este bufón irá lejos, sobre todo entra definitivamente en mi proyecto.

—¿Tendrías intención?

—De asociar mi destino al suyo: lo has adivinado. Esta mañana todavía he tenido una entrevista con el célebre Trim; juntos hemos echado las bases de un teatro movable, con algunos rollos de tela, una docena de butacas, mucho oropel, hojarasca, nuestros dos talentos á los cuales unimos el de algunas comparsas, y en marcha por las colonias, nuestra tierra de promisión, donde vamos á iniciar á los sencillos hijos de la naturaleza en las bellezas del teatro de Montmarre!.. ¿Eh?... La civilización por los tablados. ¿No es la idea maravillosa y no tenemos derecho al eterno agradecimiento de la patria?

Lejos de tomar parte en el entusiasmo de Aristides, Gedeón La Bastide bajó la cabeza.

—¡Pobre amigo mío! Estás un poco trastornado. Reconozco que me engañé.

—¡Haces, pues, justicia á mi talento, á mi genio!

—¡Te creo loco, loco de atar!

Aristides Lavignette no podía creer lo que oía.

—¡Eh! tú también, tú, mi mejor amigo, serás de esos...

—¡Que conjuran contra tí! Guárdate de tener un instante ese pensamiento. Siento mucha simpatía en tu mirada para que pueda ocultar mis sentimientos; ¿puedo proponerte una cuestión?

—Venga, pues.

—¿Cuáles son los capitales de que dispones al presente?

Lejos de ofuscarse por la indiscreción, Aristides metió los dedos pulgar é índice en lo profundo de su bolsillo y sacó algunas piezas que contó en la palma de la mano.

—¡Un luis y veinte francos! Dos monedas de cien sueldos! y treinta y dos sueldos en calderilla!

—¡Treinta y un francos sesenta céntimos! ¡esto es todo!

—¡Eso es todo!

—¡Siempre el mismo! ¡mi pobre Aristides. Cierto es que no te falta más que una escala de enormes dimensiones para que tú emprendas mi viaje á la Luna! ¡Oyes! ¡esto es un disparate, no hablemos más!

—¡Sí, tu conoces esta clase de ejercicio!

—¡Sí! comenzaré por convidarte á almorzar. En seguida me acompañarás al café de la Mairie donde hallaremos á Galimard donde te presentaré al señor Benito.

—Galimard, ¿está aún en París?

—¿Por qué no, puesto que encontró el medio de ejercer honrosamente un doble oficio de poeta y de reporter?

—¿Coloca, pues sus versos?

—Sí, entre los editores de coplas y romances populares, compone algunas bonitas piezas y pasa en su género por un libretista distinguido. En cuanto á su prosa la coloca en los periódicos bajo la forma de crónicas y de sucesos varios. Galimard no es un maestro del periodismo, pero su oficio le permite vivir.

—¡Sí, el problema de las chuletas! ¡Es una gran cosa tenerlas aseguradas!

Aristides encendió un nuevo cigarro, y después continuó:

—Y ese señor Benito de que acabas de hablarme ¿es el viejecito que vive en la calle Vaugirard y del cual eres el asociado diario en el noble juego de whist?

—¡El mismo! Después de cuatro años seguimos regularmente nuestra partida, tres